

**“Anda, ve a mis hermanos y diles...”** (Juan 20, 11-18)

Pablo VI y más adelante Juan Pablo II, cuyo aniversario de fallecimiento acabamos de celebrar, afirmaron reiteradamente que el mundo de hoy está más abierto al testimonio que a las palabras y que si escucha las palabras es porque están sustentadas en el testimonio.

En diversas ocasiones, al reflexionar la Palabra de Dios, nos hemos encontrado ante el dilema metodológico y de contenido de la evangelización. ¿Es que debemos evangelizar con las palabras o debemos hacerlo desde el testimonio?

El carisma Hospitalario se caracteriza por determinadas insistencias evangélicas. Una de ellas es la de poner en valor la fuerza del testimonio. *“debéis ser siempre lámparas encendidas de buen ejemplo”* (Carta del Fundador, 768) Tenemos por tanto la fortuna de contar con una orientación carismática evangélicamente esencial. Sin embargo existe un peligro y consiste en considerar que la palabra ya no es necesaria. Nada más lejos de la vida de Jesús de Nazaret. Poniendo en su justo lugar el valor del testimonio-ejemplo, Jesús de Nazaret fue un gran predicador. Supo hacer de su palabra un camino de encuentro y teológicamente fue definido por San Juan como “el Verbo”.

El mismo San Juan nos narra hoy el envío que hace Jesús a María que lloraba desconsolada ante su ausencia del sepulcro: *“... ve a mis hermanos y diles...”* Y María fue y *“anunció a los discípulos”* que había visto al Señor y les retransmitió el mensaje de que Jesús volvería al Padre... Superado el falso opuesto entre el valor evangelizador del testimonio y la necesidad de la palabra, lo que nos preguntamos es por el contenido, tanto del testimonio como de la palabra. ¿Qué significa para cada uno de nosotros transmitir con nuestras vidas y con nuestras palabras que Jesús vive y que vuelve a *“nuestro Dios y Padre”*?

¡Cuánta necesidad de transmitir positividad hay a nuestro alrededor! Somos hijos de un contexto marcado por mucha desesperanza y por el rompimiento de un modelo de “calidad de vida” que resultó no ser sustentable. Son tiempos de esencialidad y el valor del mensaje evangélico se cualifica y se vuelve más necesario que nunca. Es importante que demos testimonio y que encontremos el lenguaje adecuado para desentrañar la realidad y ayudarnos entre todos a “decirnos” la verdad en la que vivimos y las razones de nuestra esperanza.

Hoy Jesús nos envía, como en su tiempo lo hizo con María que miraba desconsolada el sepulcro vacío... ¿Nos quedaremos mirando la vaciedad que sobreabunda y dándonos golpes de pecho o anunciaremos con la vida y las palabras que Jesús vive, que Dios es un Padre amoroso que nos ama incondicionalmente, que nada ni nadie nos puede arrebatar este tesoro?

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

